

renta años, por las naciones latinas de Europa, con el equívoco nombre de neo-católicos.

No es el Sr. Pidal creyente *aleccionado* ó converso, como Chateaubriand; ni propagandista meramente *filántropo* ó político, como la mayoría de los que militan en partidos medios: es creyente *natural* ó nativo; nació y se crió católico, apostólico, romano; lo es con toda la fogosidad de su alma, y no le inquietan, entristecen ni abaten recuerdos de pasadas dudas. Si en algo se diferencia del *cristiano viejo* á la antigua española, es en no tener nada de regalista; en ser declaradamente ultramontano. Muéstrase en esto, como en todo, discípulo de Santo Tomás, cuya doctrina política, asaz ecléctica en cuanto á las formas de Gobierno, venía á ser en sustancia que *más vale servir á Dios que á los hombres*. En resumen: el señor Pidal no es, ni ha sido, ni creo que habrá de ser nunca, otra cosa que católico: su religiosidad raya en absoluta, y para calificarlo exactamente habría que llamarle *teocrático*, esto es, partidario del gobierno de Dios.—De aquí la irresistible unción de su palabra cuando definiendo (y es su tarea constante) dogmas, tradiciones, actos, derechos ó intereses de la Iglesia romana; de aquí su autoridad en tales controversias; de aquí la inspirada elocuencia de su estilo; de aquí la fuerza de sus conmovedoras expresiones; de aquí el arrebatado discurso que

acabáis de oír, y de aquí también lo muy útiles que sus conocimientos en ciencias teológicas y literatura mística serán á esta Real Academia, á cuyas juntas no asiste ahora ningún eclesiástico.... Fuera de lo cual, el nuevo cofrade, versado igualmente, por mera erudición, en el tecnicismo de las modernas é innumerables escuelas filosóficas, podrá, en caso necesario, discutir, dentro del correspondiente dialecto de secta, el genuino y propio sentido de tal ó cual voz, ya generalizada en las aulas de ahora, que nos traigan y recomienden adalides de la izquierda científica, á quienes, dicho sea de paso, ya hemos demostrado, en votaciones recientes, que la Academia no tiene cerradas sus puertas para nadie que sepa (y es mucho saber) Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía, sin curarse de las ideas que allá profese cada cual en materias ó asignaturas de Segunda ó de Superior Enseñanza....

Sentiré que la molestia que os ocasiono esté ya para llegar al *máximum*, pues todavía tengo que deciros, en cumplimiento de mi obligación, las anunciadas cuatro palabras acerca del acontecimiento del día, ó sea respecto del discurso del Sr. Pidal....—Otorgadme, pues, una prórroga de paciencia.

Naturalísimo y apropiado á las circunstancias del caso era que el discurso de entrada del tribuno católico en este taller de las palabras

versase sobre la Elocuencia, y especialmente sobre la oratoria sagrada, y que, entre todos los campeones del púlpito, se fijase en aquel que fué á un mismo tiempo dechado de predicadores y modelo de escritores ó hablistas; en aquel que, por la pureza y gallardía con que manejó el patrio idioma, está siendo para la Academia, desde la fecha de su primer Diccionario hasta hoy que prepara la duodécima edición, una de las más respetadas autoridades.

De grandiosa, como expresé al principio, debe calificarse la obra con que el nuevo individuo de esta Corporación ha desempeñado su tarea, justificando plenísimamente nuestros votos. Pocas veces han resonado aquí frases tan expresivas, imágenes tan bellas, períodos tan abundantes y sonoros, razonamientos tan elevados y bien sostenidos como los que han brotado de labios del Sr. Pidal, ora describiéndose la Elocuencia, mucho más con su ejemplo que con abstractas definiciones; ora superase y acallara todas las voces de la naturaleza al enunciarlas en asombrosa poética pintura; ya dijese las excelencias de la palabra humana, «cetro extendido sobre todas las criaturas del universo», ya contase los triunfos y blasones de la oratoria..... — Por cierto que en esta parte de su discurso, hablando del concepto de la *belleza*, ha citado opiniones autorizadísimas

que no son para olvidadas, hoy que tanto daño se está haciendo á las costumbres y á la literatura por los que pretenden que pueden ser bellas (y hasta recomiendan como las mejores y más artísticas) aquellas obras que no tengan ningún carácter docente ni moral. Nos ha recordado, por ejemplo, que la belleza, para Platón, era «*el esplendor de lo verdadero*»; que, para San Agustín, la hermosura era «*el esplendor del orden*»; que, según San Buenaventura y Santo Tomás, «es condición precisa de la belleza concentrar lo vario en lo uno», y que, en opinión de Kant y Hegel, «la mayor perfección de esta belleza es ostentar lo infinito en lo finito»; y de todo ello, y de palabras magistrales de Cicerón y de Aristóteles, ha deducido el Sr. Pidal, no sólo que la Elocuencia puede definirse como «el arte de manifestar por la palabra la *belleza de la verdad*, para que la voluntad la quiera como su BIEN», sino que, según los mismos preceptos estéticos, «no puede haber belleza superior á la que irradian las verdades eternas». — Menos, mucho menos que eso, dije yo aquí antes de ser quemado en efigie con mi querido amigo el Sr. Necedal, ó sea antes de ser sacados en graciosa caricatura, ambos con hábito religioso, sin duda para nuestra mayor ignominia..... Habíame reducido yo, al tomar posesión de mi cargo de Académico, á decir, no

que lo bueno, sólo por ser bueno, pudiera ser bello artísticamente, sino que no podía ser bello artísticamente lo que causase repugnancia y asco á nuestra alma.....—Agradezco, pues, al Sr. Pidal, y también á ciertos modernos escritores franceses, la justificación que han hecho de mis opiniones, el uno autorizándolas con su dictamen y con tan importantes citas, y los otros comprobándolas *ad absurdum*; quiero decir, apestando y sublevando á todas las personas de buen gusto y buenas costumbres con obras realistas ó naturalistas en que anda la verdad á la greña con la belleza, ó la belleza divorciada de la bondad. ¡Escriban otra media docena de libros estos realistas y naturalistas franceses, y habrán enterrado en su propio fango esa triste escuela que yo apellidaré, no precisamente la *mano negra*, pero sí la *mano sucia* literaria!

Encamina, al fin, su discurso el Sr. Pidal (y es el punto en que yo me atrevo á ponerme á su lado para acompañarle en terreno tan llano, fértil y florido) á decir los timbres y méritos de Fr. Luis de Granada, ¡del Fr. Luis de mi tierra!.....—No con osados vuelos á las excelsitudes de la crítica, pues para ello me faltan las alas de águila de mi buen amigo y los ímpetus de su elocuencia, sino moviendo mi pesado cálamo por las asperezas de humilde prosa, diré lo que allí, en aquella en-

cantadora ciudad que vió nacer al llamado «Séneca de nuestras cátedras, Crisóstomo de nuestros púlpitos y Tulio de nuestra oratoria», se sabe, ó se recuerda, por tradición, y con entusiasmo y amor perpetuos, acerca de su vida, de su carácter, de sus virtudes, de sus predicaciones.....

Recuérdase allí que su verdadero apellido, ó más bien el que su padre había tomado del pueblo de Galicia en que nació, era Sarria; recuérdase que en edad muy tierna perdió á este padre, pobre y honrado trabajador, y que su madre, único amparo que le quedó en el mundo, fué lavandera del convento de Dominicos: ufánanse los prebendados de la *Capilla Real*, donde yacen los Católicos Reyes Isabel y Fernando, refiriendo que estuvo en ella de acólito; designase aún, en la plazuela del Realejo, el lugar en que el egregio Conde de Tendilla, primer Capitán general de Granada, á cuya conquista tanto había contribuído, lo halló batallando con otros rapazuelos, y prendóse de él y lo tomó á su servicio, al oír las discretas razones con que los disculpó á todos; se cuenta cómo bajaba luego todos los días de la Alhambra á la ciudad, acompañando á los hijos del Conde y llevándoles los libros, y cómo por el camino aprovechaba la ocasión de ir leyendo, y cómo, desde la puerta de la clase, también aprovechaba después las lec-

ciones que daban á sus amos; refiérese de qué manera obtuvo, así que lo admitieron al noviciado en el convento de Santo Domingo, no ciertamente *limosna* para su pobre, mas venerada madre, sino el necesario permiso para compartir con ella su propia y tasada ración conventual; descríbese, en fin, todavía, por devotas mujeres, con tan vivas y pintorescas frases como si hubieran presenciado el hecho, aquella sublime escena en que Fr. Luis, hallándose en el púlpito, vió entrar en el templo á la ya muy anciana y siempre humilde lavandera, é interrumpió el sermón, y mirándola con inmensa ternura, suplicó al apretado concurso que le abriese paso, añadiendo en una especie de respetuoso éxtasis: «*¡Es mi madre!*»

De lo que el insigne Dominico era en el púlpito, nos queda la siguiente admirable pintura, debida al mejor de sus historiadores:

«Acomodábase (dice) á todos los géneros, enseñando lo que era docto y fácil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara, y mostraba horror que desmayaba y asombraba á los pecadores. Hablando de los misterios y de los beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los santos, arrebatava los corazones y consigo los levantaba en alto. Tratándose de nuestra mi-

seria, veíase quedar en nada..... Exhortando á la conversión, salían las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes, con que se movían los más duros corazones.»

Respecto del verdadero carácter religioso de Fr. Luis de Granada, el amor preferente del Sr. Pidal á Santo Tomás de Aquino le ha llevado, no á confundir, pero sí á querer hallar parentesco de escuela entre ambos héroes de la cristiandad. No le ha sido esto difícil, como tampoco le hubiera costado mucho trabajo emparentarlo con santos de cualquier otro orden; porque lo cierto es que el maravilloso autor de la *Guía de Pecadores* cultivó todos los campos de la piedad, sin perder por ello su significación predominante.

Cinco son los órdenes en que, á mi juicio, podrían dividirse los grandes maestros y actores de la doctrina y devoción cristianas: los *filósofos*, que deslindan, organizan y aclaran con científicas especulaciones la esfera racional de la Religión del Crucificado, sobreponiéndola á toda otra filosofía; los *contemplativos*, que, dentro de estos límites y definiciones, discurren acerca de los atributos, procesos, gozos y ventajas del divino amor, también desde alturas especulativas; los *penitentes*, que, penetrados de este amor supremo y desprendidos de todo afecto mundano, se dedican en desiertos parajes á la salvación de su propia

alma, encerrados en una especie de impenetrabilidad estoica, para la cual no hay más dolor que el de ver crucificado á Jesús y el de considerarse indignos del precioso dón de su sangre; los *predicadores*, que, en vez de consagrarse exclusivamente á procurar su salvación propia y á rezar en el desierto por la del prójimo, viven en el mundo, en el siglo, hasta en las mismas cortes de los reyes, recordando á todos la doctrina de Cristo, dirigiendo las conciencias, apellidando siempre *paz*, y calmando las pasiones de individuos y familias, y aun de pueblos enteros....., dado que no prefieran ir á morir en remotos climas, propagando la luz evangélica por regiones sumidas en las tinieblas del error y la ignorancia; y, finalmente, los *caritativos*, que, enseñados y edificados por las definiciones de los filósofos, por los encomios de los contemplativos, por el denuedo de los penitentes y por las arengas de los predicadores, ponen personalmente en práctica, por medio de obras de caridad y misericordia, la dulcísima y salvadora moral de Jesús, predicando, digámoslo así, con el ejemplo, y realizando las virtudes recomendadas por todos los Santos y Doctores.

Pues bien: sin dejar de ser cierto y positivo que Fr. Luis de Granada se eleva muchas veces á las esferas filosóficas de la ciencia cristiana, no sólo como Santo Tomás, sino como

los aguerridos polemistas San Agustín, San Buenaventura y Fr. Luis de León, también lo es que llega otras veces, en la metafísica pura del amor divino, á emular los vuelos, transportes y arrobos de los célebres místicos españoles Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y Malón de Chaide; que, en algunos períodos de su vida, muéstrase tan penitente como San Pedro Alcántara, según lo prueban sus austeridades en las Ermitas de Córdoba y en el monasterio portugués de Pedrogaoñ, sus constantes flagelaciones y ayunos y la perseverancia con que se negó á admitir la mitra y el capelo; que iguala como predicador á su propio patriarca Santo Domingo de Guzmán, y que merece, en fin, el dictado de *caritativo*, no sólo por innumerables actos personales de amor al prójimo, sino por sus vehementísimos tratados y sermones acerca de la misericordia y la limosna, los cuales contribuyeron en igual medida que los de su venerado compañero Juan de Avila á la edificación y sublime heroísmo de aquel Hércules de la caridad, San Juan de Dios, cuyos trabajos en bien de los pobres constituyen la segunda epopeya granadina.

Pero, lo repito, ante todo y sobre todo, ya sea que hable, ya que escriba, el autor de *El Símbolo de la Fe* es, principalísimamente, discípulo de Santo Domingo de Guzmán, soldado

de su valeroso ejército, predicador, misionero, cruzado activo, religioso práctico y fecundo que (según expresó uno de sus biógrafos y hoy ha repetido el Sr. Pidal), «no sólo fué Santo, sino que hizo muchos Santos», de donde con justicia proclamó otro granadino ilustre, «que así como Santo Tomás de Aquino vino al mundo para alumbrar los entendimientos, fray Luis de Granada vino á encender las voluntades». Y de aquí también el que el gran papa Gregorio XIII le escribiese aquellas hermosas palabras, esculpidas luego en el sepulcro del pobre dominico: *Más milagros has hecho con tus escritos y sermones, que si hubieras dado vista á ciegos y vida á muertos.*

Como documento justificativo de cuanto el Sr. Pidal y yo hemos enunciado esta tarde, y para dar de paso término á la sesión con una breve muestra del lenguaje castizo, bien ordenado, claro y enérgico del gran hablista, séame lícito haceros oír una vez más, pues siempre os parecerán igualmente bellas, algunas de las inmortales máximas que escribió este eficazísimo maestro de proezas como las de San Juan de Dios y D. Miguel de Mañara, acerca de los pobres, de la caridad, de la limosna.

«Pero antes..... (todo ello durará tres minutos), permitidme un arranque de patriotismo. —No sé dónde ni cuándo (pues yo tengo muy mala memoria), dijo no sé quién (indudable-

mente algún enemigo de nuestra patria), que el pecado opuesto á la caridad (quiero decir, la *envidia*) era el mayor y más extendido vicio de los españoles.....—¡Yo lo niego!—Seremos díscolos, seremos soberbios, seremos irrespetuosos, seremos ingratos.....; habremos podido decir siempre, aun tratándose de insignes patricios: «¡*Del Rey abajo, ninguno!*»; habrá podido decirse de nosotros: «¡*Esta es Castilla que hace los hombres y los gasta!*»; habremos degollado á D. Álvaro de Luna y á D. Rodrigo Calderón, desterrado á Somodevilla y encarcelado á Floridablanca; ¡pero no somos envidiosos! Este es achaque de pueblos ó de personas cobardes ó impotentes, ¡no de corazones varoniles y altivos, desdeñosos y pródigos hasta de su propia sangre!—Antes bien, y por desventura en ocasiones, lo que acontece en esta empecatada tierra de hidalgos perezosos y de labriegos por nadie conquistados, es precisamente que no envidiamos nada, quiero decir, que nada, ni aun lo bueno, nos parece digno de envidia; que tenemos por lema el esquivo *nihil admirari*, como nuestros deudos los moros de enfrente; que nos encogemos de hombros ante los adelantos de otras naciones; que á nadie reverenciamos en la nuestra; que nos creemos todos iguales sin serlo, ó que tal vez lo somos en este mismo exceso de arrogancia....., y que, unas veces con heroísmo y otras

con lamentable imprudencia, contestamos á todo: «¡No importa!»—Así se explica que descatemos tan injustamente á nuestros grandes hombres (mientras viven); que sus contemporáneos tratasen con tanta irreverencia á Colón, y que Cervantes muriese en el olvido.—¡Envidiosos los españoles!..... ¡Ah, no! Tenemos demasiada pereza para emular ni disputar glorias que implican trabajo: tenemos demasiado aborrecimiento á la paz para creer en otros laureles que en los de la guerra; carecemos, en fin, del órgano de la veneración al prójimo, por lo que á nuestros mismos reyes hemos solido decirles: *Nosotros, que cada uno somos tanto como vos, y todos juntos valemos más que vos..... etc., etc., etc.*—Así es que no creo que fuese de ningún español de quien se dijo aquello de que «si iba á un bautizo, quería ser el niño; si iba á una boda, quería ser el novio, y si iba á un entierro, quería ser el muerto».

Conque dejemos hablar á Fr. Luis de Granada, por si verdaderamente necesitamos curarnos de la envidia ó *tristeza del bien ajeno*, ó por si nos amenaza alguna otra erupción del egoísmo.

«Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas... (dice con Isaías). No es, pues, ése el ayuno que me agrada, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios; quita de encima de los pobres las cargas que los tienen oprimos.....»—

En otro lugar añade: «Si la virtud de la limosna se mirare con atención, bastará para andar los hombres buscando y sacando los pobres debajo la tierra, para usar con ellos de misericordia.....»—Comparando la caridad con la misericordia, recuerda luego el dicho de otro doctor, de que «la caridad es río de bondad, que no sale de madre, sino que corre dentro de sus riberas; mientras que la misericordia es río que sale de madre y se extiende por toda la tierra», y exclama valerosamente: —«Demás de esto, la caridad no hace más que comunicar sus bienes á los otros, mas la misericordia..... toma también sobre sí sus males.»—«Acuérdate, hombre (había dicho ya San Agustín), no sólo de lo que das, sino también de lo que recibes.....; pues si no hubiese quien recibiera de ti la limosna, no darías tierra y comprarías cielo.....»; y haciéndose eco de estas animosas palabras, Fr. Luis llama á los pobres «*banqueros de nuestra hacienda*», y dice al rico: «Aquello solamente es tuyo que diste por tu ánima, y todo lo que aquí dejaste, quizás perdiste..... Dios viene á esconderse en el pobre..... Este es el que extiende la mano, mas Dios el que recibe....., y el que ha de dar el galardón.»

¡Qué ideas! ¡Qué frases! ¡Qué elocuencia, señores Académicos! ¡Hasta qué punto es aquí todo grande, como verdad, como bondad y

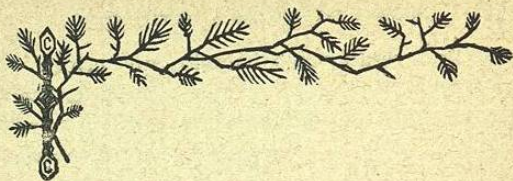
como belleza!—¡Comparad esta literatura con la que hoy pretende servir de recreo y satisfacción al género humano!—«¡Qué noble empleo del alma y de la facultad de hablar y escribir con más elocuencia que los demás hombres!», me he dicho varias veces estos días al volver á leer, ya desde las alturas de la edad, esas y otras páginas de nuestros escritores ascéticos.—Y ¡qué negocio (añado ahora) sería para el mundo, aun en el estado de guerra social en que ya se halla, si de pronto todas las prensas del universo se dedicasen exclusivamente á fomentar en los pobres el amor á Dios y en los ricos el amor al prójimo, y estos ricos cifraran su felicidad y su orgullo en que los pobres..... no sean tan pobres que á nuestro lado se mueran de hambre!.....—Volvería entonces la paz sobre la tierra..... ¡Porque todavía, todavía la caridad y la misericordia, recomendadas por Jesús, la mansedumbre de los unos y la abnegación de los otros, fueran eficacísimo remedio de tantos males como hoy nos apenan ó asustan, así del dolor y cólera de los desvalidos, como de la ruina que amenaza á la sociedad!

¡Bien hayan, pues, los que viven dedicados á estas sagradas predicaciones, prefiriéndolas á las de una devastadora filosofía! ¡Bien hayan los que humanizan y acercan á la realidad de los tiempos venerandas instituciones, ricas de

consuelos y esperanzas! ¡Y bien haya el señor Pidal, que tan meritorias campañas hace pidiendo espiritualismo al individuo y espiritua- lismo al Estado! Dijérase que, así él como el otro noble heredero de los talentos y virtudes de su egregio padre, tiene siempre á la vista las últimas palabras que éste escribió, con tem- blorosa mano, por vía de testamento político: —«Uno de los caracteres de la época actual es la falta de creencias generales..... El examen individual nunca llega á tener el número sufi- ciente de secuaces para convertir en hechos su sistema: las creencias, en cambio, reúnen en torno suyo la infinidad de sus adeptos, la energía de sus voluntades..... Todas las gran- des empresas de los españoles que hoy sus de- generados nietos apenas comprendemos, se deben á las creencias que entonces hacían con- vergentes los esfuerzos y compacta la acción social. Véase, si no, cómo en los partidos ex- trémos, en que hay todavía algunas creencias generales, se hacen grandes cosas con peque- ñísimos medios, al paso que en el partido pen- sador, con grandes medios, no se produce nada que no sea mezquino.....» Dicho esto, que pa- rece una confesión *in articulo mortis*, donde el noble anciano se acusa del pecado político de contemporización ó ineficacia voluntaria, en que aún permanecemos muchos torpemente, concluye con estas formidables expresiones:—

«Nada hay ya estable; ni los principios de la Religion, ni los de la política, ni los de la moral: ¡triste situación, que hace casi precisa la continua intervención de la fuerza material, precisamente cuando han ido más lejos los adelantos morales é intelectuales del género humano!»

Pero, al llegar aquí, la conciencia me tira del hábito, y me dice:—«Señor..... ¡la hora!» Pues he concluído; con tanta mayor razón, cuanto que ya no me quedadan más perlas ajenas con que seguir engalanando este que no llamaré discurso.



FANNY

NOVELA DE MR. ERNESTE FEYDEAU

UN artículo crítico de periódico diario, pensado por la mañana, escrito al mediodía, publicado á la tarde; leído ó no leído durante la *soirée*, convertido á media noche en *capillotes*, y arrojado á la calle á la mañana siguiente, no puede, ni pretende ser más que una noticia somera, una nota marginal, una sentencia sin *vistos* ni *considerandos*, una indicación, en fin, hecha á los lectores de que hay tal ó cual obra nueva, digna de ser conocida y estudiada, ó un aviso á los padres de familia de que anda por el mundo algún nuevo enemigo de la moral ó de la literatura, cuyo trato sería peligroso á la inocencia ó al buen gusto de sus hijos.

Sin aquellas excusas en nuestro favor, y sin estas consideraciones á que atender, no nos atreveríamos á escribir hoy, tan ligeramente